

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

Caja 1

Foll. 3

CHONA MADERA

*Mi presencia  
es clara*

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
BIBLIOTECA

86-1 Mad.



LA FORTUNA DE LA CIUDA

CHONA MADERA

# MI PRESENCIA MÁS CLARA



R.12351

MADRID, 1955

Al cuidado de  
RAFAEL MILLÁN

MI PRESENCIA  
MÁS CLARA

*Es propiedad del autor.  
Reservados todos los derechos.*

R.15321

QUÉ tormenta de amor en las entrañas  
 cuando pienso de ti la ausencia cierta.  
 Qué tormenta de amor tras esa puerta  
 donde espero encontrarte todavía.

Madre que me trajiste y me tenías,  
 aún te hablo —¡qué ausencia de dolores!—  
 contestando por ti cada pregunta.  
 Y a las noches, ay hora del descanso  
 en que siempre de ti me despedía  
 con un “hasta luego, mamá” y me respondías  
 “hasta luego; Dios mande buena noche”.

Qué sencillo y qué imposible todo.  
 Qué imposible tu voz y tu presencia  
 y aquella majestad que te envolvía:  
 ¡qué regalo a los ojos tu belleza!

Así dos años llevo. Y a la hora de dormir  
 y a las mañanas, acercándome al borde de tu  
 [cama  
 —que aún conserva las huellas de tu cuerpo—  
 estampando voy besos por tu cara.

Qué zarpazos de llantos y silencios  
 ahondando al corazón el desconsuelo.

Tú eras el clarín de mi alegría,  
mi aliento eras, mi ramo de cantares,  
Ya todo con la muerte. Sin tu vida  
para qué, para qué aliento y nada.

Como un desterrado sin tu calor me enfrió:  
la patria de mi sangre la ha cubierto la nieve.  
Tu amor era fluyendo constante, como un río.  
No había tiempo: el tiempo no contaba a tu  
[lado.

Tú el pañuelo, la orilla de mi llanto.  
Y era consoladora a mis pesares,  
aquella mansedumbre que tenían tus palabras:  
las que traslucían acentos y virtudes esenciales.

En conducirme fuiste la enseñanza y a la palabra  
la medida: que en ti era la prudencia.  
En perdonar eras siempre indulgente,  
y toda tú, paz. Inmensamente paz.

La tierra no sentía más leve peso:  
el alma se te iba por la altura.  
El alto pensamiento iba a tu frente,  
al corazón: la gran fruta mollar de tu ternura.

Madre, de la raíz hasta la copa.  
Madre, honores al nombre dispensando.  
Madre en nombre de Dios siempre instruyendo  
y en todo sacrificio, madre dando.

Y ya he de seguir lo que me quede  
desprendida de ti, del gran cimiento;  
desprendida de ti, no en tus consejos.

Del bello, hermoso árbol que me trajo,  
una pared me oculta sus espejos.

Mamá, dulce mamá, mientras tú fuiste,  
mi corazón no supo de agonías,  
ni el dolor me atacó como pantera,  
que hasta del aire tú me defendías.

Ahora sin tu luz, tus ojos claros,  
qué oscura así la tierra, qué sombría.  
Porque tú no las miras y recreas,  
ni mañanas ni tardes como eran:  
ni brillará jamás el mediodía.



SI LA YEDRA HA DE SER  
YA FATALMENTE

*A Gabriel Celaya.*

¿POR qué, vida, dime,  
por qué no has de servirme para nada?

Por qué, obstinada yedra,  
has de cubrir, con tan profusa trama,  
cuanto resquicio en mí pudiera abrirse  
para gozar siquiera una esperanza;

para gozar siquiera del paisaje;  
de la luz (que ahora enmarca  
la ventana de este cuarto,  
¡tan confortable siempre!)

¿Por qué tu empeño cubridor,  
yedra imaginaria?  
(¡Más que todas, real,  
y más amarga!)

¿Qué mal te hice, qué mal?

Siempre me pareciste  
sembrada muerte de indefensas tapias;  
me pareciste... muerte.  
Mas, para verte así  
no puse nada.



Si todo se acabó, sin acabarme,  
y tú, yedra, has de ser ya fatalmente,  
peor no he de sentirme  
si en mí arraigas,  
cuando cuente en la tierra realmente  
y tú puedas ser ya  
sobre mi traza.

Hoy... imaginaria.  
(¡Y más que todas, real,  
y más amarga!)



## H A S T A   C U Á N D O

*A don José Suárez Falcón (Jordé)*

ISLA mía, levántame la soledad que siento.  
Que se deshaga en el aire tu muro de aisla-  
[miento.

A veces me parece habitarte yo sola...

¿Tú, hasta cuándo, isla mía?

¿Hasta cuándo tu mar, tus arrecifes,  
cárcel en que me muevo?

Acaso tú también tienes un alma  
de soledades llena,  
y al reverter el mar sus aguas en tu arena,  
apaga en sus rumores el canto de tu pena.



# C O N T R A S T E S

*A Rosarito Eugenia Suárez Madera.*

¡AY el agua que corre  
por abrupta cascada!  
¡Ay la gracia del agua  
que no yace estancada!

Siempre, siempre enfundados  
de una grave cordura.  
Cómo me gusta, a veces,  
un poco de locura,  
y reírme, reírme,  
sin pensar, alocada.

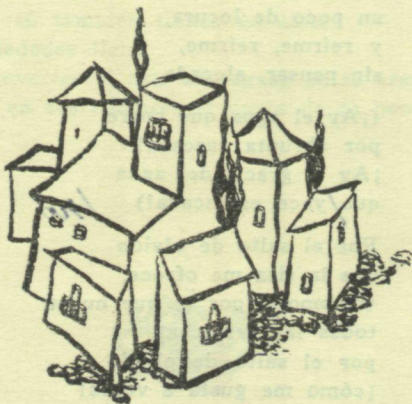
(¡Ay el agua que corre  
por abrupta cascada!  
¡Ay la gracia del agua  
que yace estancada!) /no

Por el salto de olvido  
que la risa me ofrece,  
(trampolín por el que huyen  
todas las arideces)  
por el salto de olvido...  
¡cómo me gusta a veces!

Por sentirme ligera.  
Porque alegre me torna,  
y fresca, y movediza.

Porque alegre me torna,  
encántame la risa.

(¡Ay el agua que corre  
por abrupta cascada!  
¡Ay la gracia del agua  
que no yace estancada!)



## COMO UN TIERNO CORAZÓN DE NIÑO

HE de dejarte fuera, corazón;  
he de dejarte fuera en lo que alcance,  
que hemos de morir y quieto, oculto,  
en la tierra has de ser de seca sangre.

Quiero dejarte hecho noticia, verso,  
vivo barro, aliento florecido;  
transido de mi pena y mi destino,  
dejarte quiero alzado, como un faro.

Si alguien quiere dialogar contigo,  
con el mismo calor seas, que ahora.  
El mismo afán tendrás porque te quieran,  
por tú quererlos con desvelo: ¡tanto!

Por si quieren besarte —pobre muerto—  
como tú a los poetas fenecidos,  
los que en mi amada biblioteca guardo,  
que ellos fueron —y son— por lo que han sido.

Por si tenerte quieren, por cariño,  
al calor de otros libros y otras manos,  
al calor del hogar, corazón-libro,  
como a un tierno corazón hermano.

Como un tierno corazón de niño  
que no otra cosa eres, sin ventura,  
y siempre sólo con tu sangre escribo.  
Tú no creciste, no, con mis años.

NO es posible; no podría quererte.  
Sólo a ellos:  
En mis ausentes vivo.  
no podría decirte  
como dije: "te quiero",  
hace tiempo.  
No sabría decírtelo hoy a ti  
dulce amigo.  
Todos mis sentimientos  
se me van a unos rótulos  
lacónicos, con fechas...,  
a distintas ciudades.  
Aunque veas,  
que, animadamente hablo,  
que francamente río,  
es hábito, buen modo.  
¡Tantas veces he muerto...!  
(madre..., novio..., hermanos...).  
¡Me he muerto hace ya tanto  
para el ir de la vida...!  
—Me confunden por eso—.  
Pero ay si supieran qué triste niña llevo;  
qué desolada y triste;  
qué diferente era...  
¡Qué diferente soy  
a la que véis por fuera!

# HERMANO ESCLAVO

*A Colacho Massieu.*

Por ti, hermano esclavo,  
me duele la vida.  
(Por la noche eterna del oscuro sino.)

Más que las cadenas y el rudo trabajo  
que el cruel tirano te dió, triste hermano,  
por aquella herida...

Por aquella herida, sangrando en silencio,  
de tu alma, uncida a la adversa suerte.  
Por tu alma, hermano,  
me duele la vida.

Acaso, por verte liberto, ansiabas la muerte,  
como el pan: a diario.  
Como el agua, hermano —que la sed se siente—.

Porque sé que el alma vino para el vuelo  
y basta apresarla para sentir duelo.  
¡Qué angustia la tuya bajo el cruel tirano!  
¡Qué pena la tuya, mi doliente hermano!

Por ti, hermano esclavo.  
Por el peso inmenso que fué en ti la vida,  
yo oscurezco, hermano,  
y vibra una pena humana, de siempre,  
que llevo escondida.

# T I E R R A

*A Horacio Castro Carbone.*

Y eres humilde, tierra.  
Siempre bajo los pies  
¡dándolo todo!...  
Tan parda, y, sin embargo,  
tú el color posees.  
Y todos los matices  
emergen de tu seno.  
En una sola flor,  
tú perfumada.  
Una fruta cualquiera  
es tu capaz dulzura.  
(Pozo inagotable  
de todos los dulzores.)  
¡Qué llena va tu falda  
de cuanto es la vida!  
Tu corazón inmenso,  
¡qué pleno de ternura!  
Constantemente, en árbol,  
en fruto, te prodigas.  
Los hombres no comprenden  
tu derramada entraña.  
Los hombres, como ciegos,  
miran a las alturas.  
¡Y la lección más noble,  
Dios, en ti, les va dando!



PORQUE él no se acaba nunca,  
esta condición humana  
menesterosa de amor.

Porque él no se acaba nunca,  
el corazón roto en fuente,  
y las manos extendidas,  
en vilo, un suave dolor  
de angustia que no termina.

Por la limosna de amor,  
con las manos extendidas.

Porque él no se acaba nunca,  
hoguera que no se apaga.

Porque él no se acaba nunca,  
igual a hoy será mañana.

Porque él no se acaba nunca,  
menesterosa de amor,  
con las manos extendidas  
sé que he de morirme yo.

¡Porque él no se acaba nunca!

*A Luis Doreste Silva.*

ES un tibio calor que a nada me conduce.

No sé si quiero estar, no sé si vivo,  
a pesar de estos pulsos —que me suenan—  
y de estas pupilas que,  
serenas, miran y miran,  
sin antojos... nada.

A veces suena, rueda una palabra.  
(La atención se fué haciendo distraída).  
Un momento yo escucho,  
si no entiendo;  
si hay un poco de olvido,  
es de esta voluntad que apenas tengo,  
que casi se me ha ido.

Ella va inerte, va cansada, va  
de un hondo marasmo agarrotada.  
Y es que truncada —como nadie— sabe  
la gracia azul del viaje de mi nave.

Mas... a veces,  
unas inmensas alas se estremecen  
¡y de cóndor o de águila parecen!

¿NO las habéis visto?

¡Si todas las casas  
de manos son llenas!

Paredes arriba,  
desde los cimientos,  
¿no las habéis visto  
subiendo, subiendo?

Ya son las del mozo,  
de luz inexperta  
en los negros ojos;  
ya las del maduro,  
de mirada quieta;  
o las anchas manos,  
en ganado ocio,  
del que las dirige  
en la dura empresa.  
¡Oh cuántos susurros  
en las casas quedan!  
y manos obreras.

Rematasteis cúpulas,  
pusisteis veletas  
y las cerraduras  
a todas las puertas,  
para que tengamos

el rincón que anhela  
el alma, cansada  
de ruido y de fiesta.

¡Oh manos benditas!  
Cuando por la calle  
conmigo os cruzáis,  
el cesto en la diestra,  
—oh manos obreras  
de blanco empolvadas,  
o de polvo negras—,  
siempre os he besado...  
sin que os dieseis cuenta.

¡Oh manos callosas,  
pacientes y buenas!  
No saben los hombres  
—fué calladamente,  
que todo lo noble  
el silencio adensa—,  
no saben los hombres  
la gigante empresa,  
todo lo que os deben  
benditas obreras.

Por sucias, benditas.  
Por humildes, buenas.  
¡Manos que acarician  
la cal y la piedra!

## CANCIÓN DE LOS NIÑOS TRISTES

*A María Teresa Madera  
de Suárez Franchy.*

POR los niños tristes mi canción se viste.  
Por todos los niños sin madre acunados,  
yo, madre de todos los desheredados.  
Yo tengo los besos de las madres muertas  
para sus caritas de nardo cuajado.

A mí sus miradas, sonrisas y sueño.  
A mí, todo el llanto —de ignorada causa—.  
A mí, manecitas que pedís caricias.  
Yo tengo el calor del nido deshecho,  
y mi pecho, anchura por todos los pechos.

A mí, bienamados:  
los niños de nieve,  
los niños rosados,  
los niños morenos y demás colores.  
Los niños son flores.  
Por eso los hay tan varios en raza.

Todos, todos, todos,  
venid a mi lado.

Por los niños tristes mi canción se viste.  
Por todos los tristes y desheredados.  
¡Venid!  
¡Yo tengo el calor del nido deshecho,  
y mi pecho, anchura por todos los pechos!

## S I N   A L A R D E

*A la memoria de Montiano  
Placeres, en el tiempo.*

DEJA, deja que te lleve  
sin alarde, sin alardes.

Cada vez vas más conmigo.  
Cada vez siento que ardes  
más dentro de mis sentidos,  
y en el alma,  
su dimensión siento que eres.  
Nada, nada que no sea  
esta verdad que a mí vino  
por este amor insondable:  
luz y sombra  
roja herida.

Deja, deja que te lleve  
y sin palabras te quiera,  
sin cuerpo ni voz me digas,  
hasta que llegue el instante  
en que se rompa mi vida.  
Deja, deja que te guarde  
como un flor preferida.

Deja, deja que te guarde  
para mis largos silencios;  
para sentirme que vivo;  
para poblar mi desierto;  
para sentirme con fuerzas

y seguir entre las gentes,  
ilusión mía, sostenida  
hasta que llegue el instante,  
hasta que llegue la muerte.

¡Deja, deja que en mí fluyas,  
fuente de alegría y dolor.  
camino de mis caminos,  
único amor!



# ELLA ES ASÍ A VECES

*A Patricio Pérez Moreno.*

ALGUIEN, acercándose a mí, dijo:  
—Deja que me presente. Y cuán lejos:  
sólo hace unos días estrechamos  
su vigorosa mano... y era un muerto.

Ella es así; a veces nos sorprende  
hermética, cerrada como un cero.  
¡Cuántas veces la muerte! La miramos.  
Crecer su imagen con la angustia vemos.

Así, al presentarse así, meditamos  
queriendo descifrarla, y, su misterio  
sube, se agiganta, ha cercado su ámbito:  
Imposible del todo comprenderlo.

Qué distante sólo con morirse:  
Silencio el suyo el más cerrado y serio.  
No, nunca es nadie como fuera entonces  
aunque el recuerdo afirme que les vemos.

Camina el tiempo, y nos deja solos.  
¡Qué fuerza es la palabra que perdemos!  
Nosotros les nombramos, les llamamos.

(No sonarán sus voces.  
No acudirán ya nunca a donde estemos).



# EL SILENCIO

EL silencio  
es inmenso palacio  
por el que ando despacio.

El silencio,  
(que no tiene barreras)  
nunca me dice: Espera.

El silencio,  
que no es primavera,  
ni es verano,  
ni otoño,  
ni es invierno siquiera,  
que no es nada —para tantos—  
constituye mi encanto.

El silencio  
no me tiene por rara.  
Es mi mejor amigo,  
mi palabra más clara.



¿DÓNDE el amante abrazo  
en la justa medida del ensueño?

¿Dónde la clave del desasosiego  
que no termina nunca?

¿Dónde la meta deseada  
que todo es ruta y ruta?

Y la verdad, la verdad dónde  
la claridad absoluta.

El reposo ha de ser como no quiero:  
prisionera de la que no olvida  
sin abrazos ni ensueños: calavera.

¡Si en una generosa primavera  
germinará brote verde  
apenas, simple vida!

T O D O S   S O M O S   D E   T I

*A Miguel Pérez Ferrero.*

TODOS somos de ti,  
de ti esperanza:  
todos somos de ti,  
de tus promesas;  
rumorosa de ti  
la vida entera.

Amamantados de tu dulce seno  
aunque viejos,  
morimos como niños,  
no acabados,  
por ti siempre infantiles,  
andando o quietos  
asidos a tu mano.

Así nos vamos,  
por ti no despedidos.  
—Aún tu influjo, tu calor, tu beso—.  
Allá, allá termina tu rumor,  
tu apego.  
Remota en promesas y mañanas,  
desprendida,  
imposible ya tu mano.  
¡Ignorándonos ya  
eternamente!

# ESA CANCIÓN QUE SIENTO

*A María del Carmen Benjumea de Casso.*

QUÉ rumor, qué rumor sonando afuera  
de esa felicidad, nunca alcanzada.

Al tenderle los brazos yace helada.

En una y otra vez, sólo su nieve.

Cuántas veces me dije: Me conmueve  
este querer por mí, como si fuera  
un débil niño que protección pidiera,  
un dulce niño que hubiesen maltratado.

Siempre, obsesionante, un tibio desconsuelo  
flotando por las tierras y los cielos  
de cuanto visité, y por mi frente.

Persiste, truncándose en brotes, el anhelo.  
Pero aún sigo buscando (¡tristemente!)  
porque no muera el ángel que en mí llevo  
y esa canción que siento... de repente.

# SEÑOR...

## I

SEÑOR,  
porque me diste  
este sensible modo, tan agudo,  
y más que lo alegre me tomó lo triste,  
mil protestas oí.

Si Tú quisiste  
que así fuera mi canto;  
si soy tu voluntad,  
—para mí, llanto—,  
¿qué he de hacer yo mejor  
que cual Tú quieras?

## II

Es mi Señor quien canta.  
que nada se movió que El no quisiera.  
Mi garganta la mueve su garganta.



# ÍNDICE

Madre ... ..	5
Si la yedra ha de ser ya fatalmente ... ..	8
Hasta cuándo ... ..	10
Contrastes ... ..	11
Como un tierno corazón de niño ... ..	13
La que véis por fuera ... ..	14
Hermano esclavo ... ..	15
Tierra ... ..	16
Porque él no se acaba nunca ... ..	17
Introspección ... ..	18
Las manos obreras ... ..	19
Canción de los niños tristes ... ..	21
Sin alarde ... ..	22
Ella es así a veces ... ..	24
El silencio ... ..	25
Dónde ... ..	26
Todos somos de ti ... ..	27
Esa canción que siento ... ..	28
Señor... ..	29